

AVA REED

Respiro por ti

HOSPITAL
WHITESTONE



Besties

Books

Ava Reed



Respiro por ti

Serie Hospital Whitestone 3

Traducción de Amparo Gresa



Título original: *Tough Choices. Whitestone Hospital*

© 2023 by LYX in Bastei Lübbe AG

Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© por la traducción, Amparo Gresa (Prisma Media Proyectos S.L.), 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Ilustración del interior: © Freepik

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 978-84-270-5357-1

Depósito legal: B. 1.036-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Maisie



El pánico se aferra a mí como un monstruo burlón y desagradable.

Sigo jadeando mientras agarro con demasiada fuerza el inhalador para el asma —por miedo a perderlo— y miro a mi derecha. Pero ahí no hay nadie.

La puerta de Jess está entreabierta. El aire sofocante y la arena se apoderan poco a poco de cada rincón del coche y, aunque la de Sierra se ha cerrado detrás de ella, ambas puertas tienen algo en común: las han utilizado.

Estoy sola.

El cinturón de seguridad me ciñe el costado. El coche está muy maltrecho y el silencio que nos asfixiaba poco después de que estallara la tormenta ha dado paso a innumerables ruidos. Llegan hasta mí gritos, palabras altisonantes y calladas, llantos y toses, el constante bocinazo de varios coches y otros sonidos que no logro identificar.

—¡Mierda!

Por lo general no suelo exteriorizar las palabrotas que recito en mi fuero interno, pero esta es una situación excepcional. No pude evitarlo antes, cuando Sierra anunció que se acercaba una tormenta de arena, y ahora tengo ganas de gritar un montón de palabras muy malsonantes. ¡Mierda, mierda, mierda!

Toso violentamente y uso de inmediato el inhalador, porque noto cómo se me cierran las vías respiratorias. Hacía mucho tiempo que no me daba una crisis como esta. Y el hecho de que Sierra sepa que tengo asma me hace sentir aún peor. Durante todo este tiempo me he sentido bastante incómoda ocultándoselo a ella y a los demás. A ella, a Jane. Ni siquiera mi jefe lo sabe. Pero ahora me siento especialmente mal, porque Sierra ha descubierto mi problema y al hacerlo me ha salvado. Porque, para empezar, yo tengo la culpa de que se haya visto en esta situación...

Con un gruñido, palpo el cinturón de seguridad, que sigue atascado. Tiro de él y forcejeo, pero no cede. Ni él ni el botón de apertura que no dejo de apretar. Al hacerlo me duele toda la parte superior del cuerpo por el accidente. Maldita sea.

¿Qué hago ahora?

O bien me quedo aquí sentada esperando a que venga alguien a liberarme, o bien vuelvo a intentarlo y encuentro una solución. El cinturón me aprieta, pero aún tengo cierto margen de maniobra. Quizá podría escurrirme y salir por debajo.

Rápidamente me coloco el inhalador entre los muslos para tener las dos manos libres. Primero trato de pasar la cabeza por debajo del cinturón, pero enseguida reparo en que no puedo. Entonces, con los dientes apre-

tados, aparto la correa hacia un lado con todas mis fuerzas mientras levanto el hombro izquierdo y lo acerco hacia el torso en un intento de pasarlo por debajo. Me araña la piel desnuda, me corta y me deja un verdugón rojo al volver al sitio donde estaba.

El primer intento ha salido mal y ahora me duelen todos los músculos de los brazos. En el segundo, hago algún progreso; en el tercero lo consigo, no sé cómo, y respiro aliviada al pasar por debajo del cinturón y liberarme. Pero el alivio no dura mucho, porque un instante después me sacude otro violento ataque de tos. Comprendo que mis niveles de oxígeno están bajando. Mis pulmones son propensos a este tipo de cosas, aunque con los años hayan mejorado en lugar de empeorar.

Vuelvo a frustrarme al mirar la parte del cinturón que me rodea las caderas. El trozo que me pasaba por arriba estaba relativamente suelto y he podido desplazarlo lo bastante deprisa, pero este me queda mucho más ceñido y se me clava aun por encima del pantalón corto. Para empeorar las cosas, el airbag cuelga por en medio. Es de veras sorprendente no solo que este coche viejo disponga de airbag para el conductor, sino que también haya funcionado sin lesionarme en el proceso. Agotada y enfurecida, agarro el jirón de tela de color crema que parece una nube de algodón moribunda.

Tiro de él y lo zarandeo, pero no consigo soltarlo del todo. Gimo de impotencia. Decido meter como puedo los lamentables restos del airbag por detrás del volante y analizo de nuevo la situación de mierda en la que estoy.

Odio este día.

No hay muchas cosas que odie, pero este día se ha ganado figurar en mi escueta lista. No sé dónde están

ni Sierra ni Jess, ni cómo están ni lo que ocurre fuera, porque la visibilidad todavía es nula. Para empeorar las cosas, estoy atrapada aquí y no puedo ayudar a nadie. Soy una completa inútil. En este momento empiezo a toser de nuevo.

—¡No puede ser! —grito. Ofuscada, golpeo el volante, que me devuelve un lastimero bocinazo.

«Vale, Maisie, piensa.»

Con todas las fuerzas que consigo reunir, aparto la parte inferior del cinturón hacia las rodillas, pero me empiezan a temblar los brazos. Es tremendamente agotador. Además, el accidente me ha afectado más de lo que me gustaría admitir. El temblor se me cuela hasta los huesos y, por mucho que forcejee, no consigo la suficiente libertad de movimientos como para pasar las piernas por encima del cinturón.

Respirando con dificultad, me dejo caer hacia atrás, apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos un par de segundos antes de reacomodarme las gafas, que se me habían quedado torcidas, y hacer otro intento... en vano.

No quiero quedarme aquí, sola e inútil, sin saber lo que ocurre fuera, ni cómo se encuentran mis amigas. Espero que no estén heridas y que hayan conseguido ir a buscar ayuda.

¡Tengo que encontrarlas!

Decidida, me inclino hacia la derecha y me estiro para alcanzar la guantera y abrirla. Caen al suelo unas cuantas galletas, un bote de crema solar y pasadores para el pelo. Dios, tengo que ordenarlo cuando todo esto haya pasado. Reprimo el pensamiento de que probablemente a partir de hoy ya no pueda utilizar más el coche.

¿Qué más hay? Un espejito, un cepillo, la funda de las gafas de repuesto. Nada que pueda ayudarme en mi situación.

Me duele el costado derecho, en concreto la zona que me presiona el cinturón, que se me clava en la carne. Mierda. En todo ese desorden tiene que haber algo que me sea de utilidad.

Un bolígrafo.

Un billete de un dólar.

Un pañuelito para limpiar las gafas que no me puede servir en absoluto para limpiar el parabrisas. Hay arena por todas partes.

Un... Espera, ¿qué es eso? Me estiro un poquito más para alcanzarlo.

—¡Conseguido! —jadeo.

Vuelvo a sentarme erguida y observo, respirando con dificultad, lo que tengo en la mano. Es amarillo chillón, del tamaño de dos de mis dedos y de plástico. Parece un llavero.

Por tanto, inútil también. En cuanto me dispongo a desecharlo con desengaño, un reflejo en un lateral me llama la atención.

Ay, Dios mío.

Es uno de esos trastos de la teletienda: un cortador de cinturones. Reconozco la pequeña cuchilla que lleva incorporada. Mi madre me lo regaló hace unos años, cuando me saqué el carné de conducir, y me había olvidado de él porque nunca lo he usado.

¡Bendito sea el desorden de la guantera! Y mi madre también. Sobre todo, ella.

Esperemos que el trasto siga funcionando después de tanto tiempo.

Con los dedos ligeramente sudorosos y tembloro-

sos, lo saco de su envoltorio, deslizo la cuchilla hacia fuera y trato de cortar el cinturón, pero no le hago ni un rasguño. En el segundo intento, la cinta se deshilacha un poco por el borde, nada más.

Jadeo, resoplo, suelto un gemido y cierro los ojos un momento.

De mil amores me echaría a llorar de rabia y frustración, pero he llegado demasiado lejos como para rendirme ahora. Así que aplico la cuchilla en otra zona del cinturón, lo tenso todo cuanto puedo y corto esta vez en diagonal, en el sentido de las fibras.

Y, en efecto, funciona.

—¡Ah! —grito feliz, y me miro con atención las piernas, que por fin han dejado de estar presas—. Libre, libre, libre —repito en voz alta mi único pensamiento mientras dejo caer el cortador descuidadamente. Luego busco el móvil, que encuentro en el asiento trasero, me guardo el inhalador y abro la puerta, que no llega a moverse ni un palmo antes de chocar con algo, provocando un estruendo.

¿He dicho ya que odio este día?

—Esto no puede estar pasando —murmuro, y me brota de dentro una carcajada desesperada.

Sin pensármelo dos veces, me arrastro hacia el lado del copiloto y por fin consigo salir del coche. Compruebo rápidamente que aún llevo el inhalador para el asma y el móvil en el bolsillo del pantalón, que no se me han caído. Luego tengo que taparme la boca y la nariz con la camiseta de lo turbio que está el aire.

La visibilidad no ha mejorado, aunque tampoco ha empeorado. Lo peor de la tormenta de arena ya ha dejado atrás la autopista, pero seguramente esté asolando en este momento el resto de Phoenix.

También el hospital Whitestone.

—Espero que estéis todos bien —murmuro, y trago saliva mientras me abro paso entre el caos que me rodea.